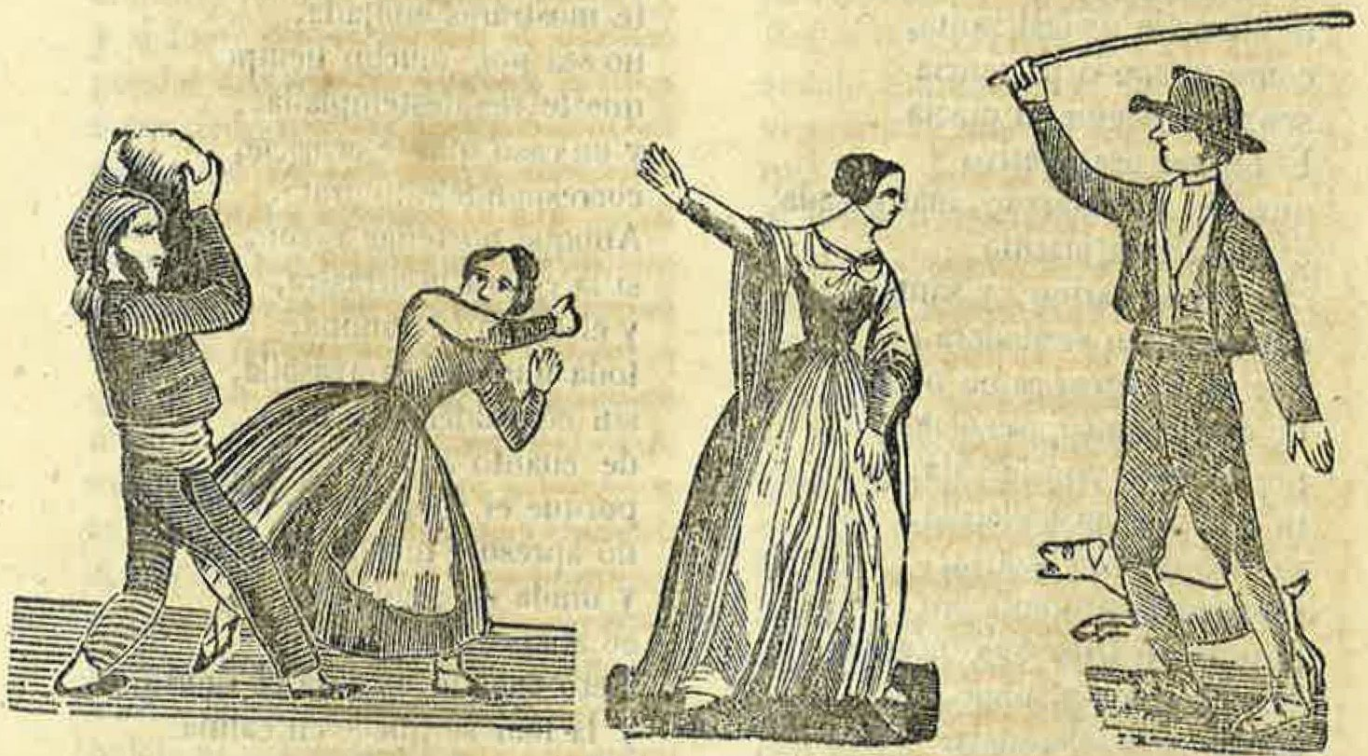


(Número 315.)



RECETA

PARA LAS MUJERES MAL CASADAS.

Tú que mal casada eres,
porque fué la suerte infausta,
del marido aborrecida,
mal querida, y peor tratada:
Tú, que vencerle pretendes,

te ves pobre, y desgraciada,
porque es jugador, travieso,
y descuidado de casa:
Tú, que creiste vivir
muy alegre, y descansada

Con el santo matrimonio,
y con su estado de gracia,
rica, apacible y gustosa,
contenta y bien empleada,
sin entender que tu esposo
en nada te disgustára:
Atiende los documentos
que en este se te preparan;
no te aflijas, que consuelos
te ofrece la piedad santa,
como tú con la paciencia
sepas conseguir su gracia.
El primer preparativo
que has de observar, mal casada,
es amar á tu marido
con tierno cariño, y santa
amistad, tan verdadera,
que no le agravies en nada:
no por la concupiscencia,
por el gusto, ni la gala,
ni por su gran gallardía,
ni disposicion bizarra;
sino por el propio amor,
porque así Dios te lo manda.
Sirvele como á señor,
súfrele con tolerancia,
cuida mucho de su honor,
no le dés pesar en nada,
estímale mas que á ti,
y los disgustos que traiga
cuando de fuera viniere
hórraselos con tu gracia,
que agradarás al Señor
si te vales de esta traza.
Si contigo se agraviare,
no le repliques palabra,
ni le muestres altivez,
ni pongas ceño en la cara:
no le mires rostrivuelta,
ni separes mesa y cama,
porque con solo esta chispa
podrá encenderse la flama.

Sufre, y disimula cuerda,
no contradigas lo que hab
obedece con modestia,
dile muy dulces palabras,
que si del todo enmudeces,
mas que apaciguas, agravias;
y si alguna vez la ira
superáre tu templanza,
por cuyo fatal motivo
te mostráres enojada,
no sea por mucho tiempo
que te vea destemplada,
y en caso que te acaricie,
correspóndele tú grata.
Aunque no tenga razon,
si la cólera le arrastra,
y el enojo le domina,
toda humilde te avasalla,
sin contradecir en cosa
de cuanto á él le agrada,
porque el soplo de un aliento
no apresure mas la flama,
y unida su condicion
se abrasaria la casa.
Pero cuando amaine el viento,
y la mar se quede en calma,
entra tú como galera
á rendir su intolerancia;
y si para combatir
respondiere con la salva,
no le empieces disparando;
tendras paciencia, y aguarda
á ver si con otro bordo
le puedes dar la descarga:
que aunque sea mayor buque,
si la municion se acaba,
suele rendirse puntual
á quien la tiene sobrada;
y en tal caso podrá ser
el que ganes la batalla;
que si él de una vez gastó
toda la pólvora en salva,

si oído quiera acometer
no podrá, porque le falta.
Nunca del mal tratamiento
te quejes á nadie osada,
á tu padre, ni á tu madre,
porque es acción necia y mala;
recurre á tu confesor,
de quien saldrás consolada;
ó al confesor de tu esposo
contarás lo que te pasa;
y si fuere necesario
puedes declarar tu instancia
á sus padres, y tus penas
cuéntales subordinada,
suplicándoles rendida
remedien tan fatal causa,
porque si ellos le reprenden
los oirá de mejor gana,
que si tus padres lo hicieren,
aunque con dulces palabras:
estimarán tu atención,
te tendrán por cortesana,
acudirán al remedio
con que quedes sosegada;
y si no bastare esto,
á Dios recurre, y postrada
pídele el útil consuelo,
ofrécete resignada
á padecer por su amor
cuanto daño te prepara.
Si tiene afición al juego,
si estimare alguna dama,
ó viene de noche tarde,
sin cenar siempre le aguarda,
porque si él se reconoce,
de tí tendrá grande lástima;
y si ya hubieres cenado
algún regalillo guarda,
que se lo darás humilde
en ocasión moderada.
Recíbele con cariño,
y verás cómo te ama:

no le des quejas jamás
de que la hacienda malgasta,
sino procura tener
economía en tu casa,
ahorrando gastos superfluos,
que no sirven para nada.
Dirás bien de él en su ausencia.
y lo malo siempre calla,
que la discreción consiste
en encubrir lo que agravia.
Así lo ejecutó Libia,
siendo Emperatriz Cesárea,
viendo á su marido Augusto
que muy divertido andaba;
le hablaba desentendida,
y en su ausencia le alababa,
con cuya acción tan discreta
le volvió á ganar la gracia,
siendo en su voluntad
la más cuerda y estimada:
admiradas sus amigas,
en mil ocasiones varias,
le preguntaron curiosas
con qué ardid, ó con qué traza
pudo vencer á su César;
á que respondió bizarra,
con callar, y hacer su gusto
sin contradecirle en nada:
Con que si una Emperatriz
á su dueño se avasalla,
y para templar su enojo
se vale también de trazas:
bien puedes tú, que eres menos,
prevenir la tolerancia,
y vencerás como Libia
ganando también la gracia.
Unirásle á su querer,
cóformate en cuanto haga,
su opinión será la tuya,
sin replicarle palabra;
si oyes decir mal de él,
responde luego enojada

80
defendiendo su derecho,
anhelando su alabanza.
Cuando de casa salieres
alcanzarás de él la gracia,
porque si te ha menester,
adonde estuvieres vaya.
Dile siempre la verdad,
sin querer encubrir nada,
porque si mentiras cuentas,
quizá querrá averiguarlas.
Nunca preguntes lo que hace
dentro ni fuera de casa,
porque no es de tu inspeccion
averiguar lo que haga.
Con ningún hombre tendrás
conversaciones livianas,
familiaridad estrecha,
ni otras frecuentes palabras,
aunque tu pariente sea,
y aunque veas que te alaba;
no hables con él en secreto,
ni le des ni tomes nada;
á mirarle no te atrevas
con atencion á la cara;
desprecia con disimulo
sus lisonjeras palabras;
porque tal vez su dulzura
suavizará tu garganta;
no le respondas risueña,
no le atiendas cortesana,
porque el honor es muy frágil
si la amistad es sobrada,
los zelos son atrevidos,
y el hombre busca con ansia
cuanto le trae la fortuna,
cuanto la pasion le arrastra.

Si supieres con verdad
que sea de mala fama
la mujer con quien paseas,
ó notada de liviana,
aborrece su amistad
sin que llegues á enojarla:
olvidala poco á poco
hasta que en la cuenta caiga,
y la propia accion harás
con las amigas que andas:
corta el hilo á las visitas,
porque destruyen la casa;
la igualdad es muy dañosa
entre las buenas y malas,
y segun con quien te juntes
te adivinarán tus faltas.
Con estos medicamentos
quedarás muy bien curada,
vencerás los imposibles,
darás alivio á tus ansias;
recurre á poner por obra
cuanto la receta manda,
y verás cómo tu esposo
te reconoce y te ama,
que aunque bárbaro le juzgues
él se humillará á tus plantas:
tanto vence la humildad,
cuanto la soberbia daña:
y en tu defensa estará
el que todo lo avasalla,
el que lo domina todo,
el que disimula y calla
las ofensas repetidas
que comete quien le agravia,
á cuyo amparo y poder
acudirás resignada

FIN.